

Curso

Lectura teológica de “Lumen fidei” a la luz del arte cristiano

Profesor: Juan Miguel Prim Goicoechea
Ayudante: Helena Faccia Serrano

INSTITUTO DIOCESANO DE TEOLOGÍA
ESCUELA DE ARTE CRISTIANO
Diócesis de Alcalá de Henares

Lunes 21 de octubre de 2013

“Hemos creído en el amor”. Capítulo I, nn. 8-14

Dedicaremos dos sesiones al primer capítulo de *Lumen fidei*. En esta primera sesión leeremos los números 8 a 14, en los que el papa se centra en la historia de la fe de Israel. Ante nuestros ojos surgirán los rostros de Abrahán y de Moisés, a través de cuya historia personal podremos comenzar a entender los rasgos esenciales de la vida del creyente.

Para estudiar las imágenes de esta sesión contamos hoy con **Marta Carmona Soriano**. Pertenecce a la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), cuya *Aula de Arte, Fe y Cultura* coordina y dirige. Es responsable también de la siguiente página web, que os recomiendo visitar: www.evangelizarconelarte.com

Comenzamos con la lectura del nº 8:

8. La fe nos abre el camino y acompaña nuestros pasos a lo largo de la historia. Por eso, si queremos entender lo que es la fe, tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres creyentes, cuyo testimonio encontramos en primer lugar en el Antiguo Testamento. En él, Abrahán, nuestro padre en la fe, ocupa un lugar destacado. En su vida sucede algo desconcertante: Dios le dirige la Palabra, se revela como un Dios que habla y lo llama por su nombre. La fe está vinculada a la escucha. Abrahán no ve a Dios, pero oye su voz. De este modo la fe adquiere un carácter personal. Aquí Dios no se manifiesta como el Dios de un lugar, ni tampoco aparece vinculado a un tiempo sagrado determinado, sino como el Dios de una persona, el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, capaz de entrar en contacto con el hombre y establecer una alianza con él. La fe es la respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre.

Nos acompaña en estos primeros números un cuadro de un pintor llamado Arent de Gelder, discípulo de Rembrandt. En el lienzo aparece Abrahán, abajo a la izquierda, en actitud humilde ante tres personajes. La escena evoca Génesis 18, cuando Abrahán y Sara reciben la visita de tres misteriosos personajes que les anuncian que nueve meses después de su visita tendrán un hijo. Los tres visitantes han sido diversamente identificados en la tradición judía, habitualmente como tres ángeles, pero en este cuadro aparecen dos ángeles, a los lados, y Dios mismo en el centro, bajo apariencia humana.



Arent de Gelder, La visita de Dios y dos ángeles a Abrahán en Mambré, ca. 1680-1685

Hay en este primer párrafo del capítulo I una indicación preciosa que hemos de recoger inmediatamente: “Si queremos entender lo que es la fe, tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres creyentes”. El papa no parte de una definición teórica de la fe, no parte de su definición dogmática, sino que nos invita a mirar juntos su dimensión existencial, histórica, descubriendo en la vida del creyente -en nuestra propia vida- los factores que forman parte del nacimiento y del desarrollo de la fe.

En la sesión anterior recordábamos que el ser humano puede alcanzar cierto conocimiento de Dios, de su existencia y de algunos de sus atributos, a partir del mundo creado. Y también, añadimos hoy, a partir de su propia conciencia, que reclama dentro de él una ley moral. Kant lo expresó magistralmente al escribir: “Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí”.

Pero decíamos que esto no basta. La fe no es el fruto de la indagación racional o de una introspección de cada uno de nosotros. Eso son “preambula fidei”, presupuestos naturales para la fe. Pero la fe nace de un encuentro, nace de algo que sucede en la vida de una persona.

ABRAHÁN, NUESTRO PADRE EN LA FE

¿Cuándo se ha manifestado esto por primera vez en la historia de la humanidad? ¿Dónde encontramos los orígenes de la fe revelada, de un Dios que sale al encuentro del hombre? En el Antiguo Testamento. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, retomando las expresiones de la constitución *Dei Verbum* sobre la divina revelación, del Concilio Vaticano II, afirma: “Dios... queriendo

abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio. Los invitó a una comunión íntima con él revistiéndolos de una gracia y de una justicia resplandecientes” (CIC 54). El *Catecismo* está hablando de Adán y Eva, inicio del género humano. Pero “esta revelación no fue interrumpida por el pecado de nuestros primeros padres. Dios, en efecto, después de su caída alentó en ellos la esperanza de la salvación con la promesa de la redención, y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras” (CIC 55). En los siguientes números el *Catecismo* habla de la historia de la alianza de Dios con la humanidad tras el pecado de los orígenes:

“Una vez rota la unidad del género humano por el pecado, Dios decide desde el comienzo salvar a la humanidad a través de una serie de etapas. La Alianza con Noé después del diluvio expresa el principio de la Economía divina con las ‘naciones’, es decir con los hombres agrupados según sus países, cada uno según su lengua, y según sus clanes... La Biblia venera algunas grandes figuras de las ‘naciones’, como Abel el justo, el rey sacerdote Melquisedec, figura de Cristo, o los justos Noé, Daniel y Job. De esta manera, la Escritura expresa qué altura de santidad pueden alcanzar los que viven según la alianza de Noé en la espera de que Cristo reúna en uno a todos los hijos de Dios dispersos” (CIC 56-58).

Pero la verdadera historia de la revelación histórica de Dios a la humanidad comienza con Abrahán: “Para reunir a la humanidad dispersa, Dios elige a Abrahán llamándolo fuera de su tierra, de su patria y de su casa, para hacer de él el padre de una multitud de naciones” (CIC 59). Así, la figura de Abraham está en el origen de la alianza. Sigue diciendo el *Catecismo*: “El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección, llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia; ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes” (CIC 60).

Por eso recuerda *Lumen fidei* que Abrahán es “nuestro padre en la fe”, porque se encuentra en el origen de una historia de salvación de la que nosotros formamos parte. Leemos un último número del *Catecismo*: “Israel es el pueblo sacerdotal de Dios, el que lleva el nombre del Señor. Es el pueblo de aquellos a quienes Dios habló primero, el pueblo de los hermanos mayores en la fe de Abraham” (CIC 63).

No tenemos tiempo, pero sería interesante poder recordar aquí el magisterio reciente de la Iglesia sobre las relaciones entre judaísmo y cristianismo. Al menos es obligado leer el número 4 de la declaración *Nostra aetate*, del Concilio Vaticano II. Esta breve declaración, hecha pública el 28 de octubre de 1965, alude a las relaciones de la Iglesia católica con las religiones no cristianas y sienta las bases del diálogo interreligioso de las últimas décadas. Tras hablar del Hinduísmo, del Budismo y del Islam, la declaración se centra en el Judaísmo. Escuchamos el núcleo de las afirmaciones conciliares:

“La Iglesia de Cristo reconoce que los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en los Patriarcas, en Moisés y los Profetas, conforme al misterio salvífico de Dios. Reconoce que todos los cristianos, hijos de Abraham según la fe, están incluidos en la vocación del mismo Patriarca y que la salvación de la Iglesia está místicamente prefigurada en la salida del pueblo elegido de la tierra de esclavitud. Por lo cual, la Iglesia no puede olvidar que ha recibido la Revelación del Antiguo Testamento por medio de aquel pueblo, con

quien Dios, por su inefable misericordia se dignó establecer la Antigua Alianza, ni puede olvidar que se nutre de la raíz del buen olivo en que se han injertado las ramas del olivo silvestre que son los gentiles. Cree, pues, la Iglesia que Cristo, nuestra paz, reconcilió por la cruz a judíos y gentiles y que de ambos hizo una sola cosa en sí mismo”.

Los cristianos, afirma el Concilio, somos “hijos de Abraham según la fe” y estamos “incluidos en su misma vocación”. La declaración continúa citando a San Pablo:

“La Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras del Apóstol Pablo sobre sus hermanos de sangre, ‘a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la Alianza, la Ley, el culto y las promesas; y también los Patriarcas, y de quienes procede Cristo según la carne’ (Rom 9,4-5), hijo de la Virgen María. Recuerda también que los Apóstoles, fundamentos y columnas de la Iglesia, nacieron del pueblo judío, así como muchísimos de aquellos primeros discípulos que anunciaron al mundo el Evangelio de Cristo”.

Pero la gran cuestión en las difíciles relaciones entre cristianismo y judaísmo ha sido siempre el grado de responsabilidad atribuible al pueblo de Israel en el rechazo de Jesús, el Mesías reconocido por los cristianos pero no por los judíos. Con valentía la declaración *Nostra aetate* afirma al respecto:

“Como afirma la Sagrada Escritura, Jerusalén no conoció el tiempo de su visita, gran parte de los Judíos no aceptaron el Evangelio e incluso no pocos se opusieron a su difusión. No obstante, según el Apóstol, los Judíos son todavía muy amados de Dios a causa de sus padres, porque Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación. La Iglesia, juntamente con los Profetas y el mismo Apóstol, espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y ‘le servirán como un solo hombre’ (Sof 3,9).

Como es, por consiguiente, tan grande el patrimonio espiritual común a cristianos y judíos, este Sagrado Concilio quiere fomentar y recomendar el mutuo conocimiento y aprecio entre ellos, que se consigue sobre todo por medio de los estudios bíblicos y teológicos y con el diálogo fraterno.

Aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo, sin embargo, lo que en su Pasión se hizo, no puede ser imputado ni indistintamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy. Y, si bien la Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios, no se ha de señalar a los judíos como reprobados de Dios ni malditos, como si esto se dedujera de las Sagradas Escrituras. Por consiguiente, procuren todos no enseñar nada que no esté conforme con la verdad evangélica y con el espíritu de Cristo, ni en la catequesis ni en la predicación de la Palabra de Dios.

Además, la Iglesia, que reprueba cualquier persecución contra los hombres, consciente del patrimonio común con los judíos, e impulsada no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de anti-semitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos.

Por los demás, Cristo, como siempre lo ha profesado y profesa la Iglesia, abrazó voluntariamente y movido por inmensa caridad, su pasión y muerte, por los pecados de todos los

hombres, para que todos consigan la salvación. Es, pues, deber de la Iglesia en su predicación el anunciar la cruz de Cristo como signo del amor universal de Dios y como fuente de toda gracia” (NA 4).

Me ha parecido oportuno que leyéramos este número 4 de *Nostra aetate* porque es un texto fundamental para entender la posición de la Iglesia hacia el pueblo de Israel. Encontramos aquí una condena inequívoca del antisemitismo y una valoración de la herencia espiritual y de los vínculos irrevocables que unen a judíos y cristianos. Y hoy que hablaremos de Abrahán y de Moisés y que comentaremos la obra artística de Marc Chagall estas reflexiones que acabamos de hacer nos son sumamente útiles.

UNA LLAMADA Y UNA PROMESA

Pero, ¿qué le sucedió a Abrahán? Hemos leído en el número 8 de *Lumen fidei* que “en su vida sucede algo desconcertante: Dios le dirige la Palabra, se revela como un Dios que habla y lo llama por su nombre” (LF 8). “La fe -añade el papa- está vinculada a la escucha”, porque “Abrahán no ve a Dios, pero oye su voz”.

Encontramos aquí un tema que recorre toda la encíclica: la importancia del ver y escuchar para la fe. En el caso de Abrahán no hay visión, sólo escucha. San Pablo habla de “fides ex auditu” (Rom 10,17), expresión que podríamos traducir por “la fe viene del oído”, o quizá mejor, “la fe viene por la predicación”. Pero no sólo se predica con palabras, también con gestos, con signos, con la propia persona. Recordemos la frase atribuida a San Francisco: “Predica siempre el Evangelio... y si es necesario usa también las palabras”. Pero en el caso de Abrahán todavía no hay visión: “Abrahán no ve a Dios, pero oye su voz”. Y este hecho sirve al papa para destacar un aspecto esencial de la fe, su carácter personal. Es un diálogo entre un Tú y un yo. Abrahán es llamado personalmente e invitado a un camino, en el que Dios no será la divinidad de un lugar o un tiempo sagrado, como en las religiones vecinas. El Dios de Israel se nombrará a sí mismo como el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob. El Dios de las personas a las que llama, con las que establece una alianza. “La fe -concluye en el número 8 el papa- es la respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre”.

Observemos que el término “Palabra” está escrito con mayúscula, porque no es un discurso lo que interpela. No es una frase, sino una Persona. Cristo, la Palabra hecha carne.

Seguimos leyendo:

9. Lo que esta Palabra comunica a Abrahán es una llamada y una promesa. En primer lugar es una llamada a salir de su tierra, una invitación a abrirse a una vida nueva, comienzo de un éxodo que lo lleva hacia un futuro inesperado. La visión que la fe da a Abrahán estará siempre vinculada a este paso adelante que tiene que dar: la fe “ve” en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios. Esta Palabra encierra además una promesa: tu descendencia será numerosa, serás padre de un gran pueblo (cf. Gn 13,16; 15,5; 22,17). Es verdad que, en cuanto respuesta a una Palabra que la precede, la fe de Abrahán será siempre un acto de memoria. Sin embargo, esta memoria no se queda en el pasado, sino que, siendo memoria de una promesa, es capaz de abrir al futuro, de iluminar los pasos a lo largo del camino. De este modo,

la fe, en cuanto memoria del futuro, *memoria futuri*, está estrechamente ligada con la esperanza.

Comento brevemente este número. Dos son los elementos presentes en la comunicación de Dios a Abrahán: una llamada y una promesa. Los dos caracterizan la fe de Israel, que es el pueblo de la llamada, de la elección, y el pueblo de la promesa.

La llamada incluye además una indicación precisa: “Yahveh dijo a Abrán: Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré” (Gn 12,1). Dice *Lumen fidei* que es “una invitación a abrirse a una vida nueva, comienzo de un éxodo que lo lleva hacia un futuro inesperado”. Dios no le dice “ve a la tierra que yo te muestro”, sino “a la tierra que yo te mostraré”. Como los Magos de Oriente, Abrahán tiene que ponerse en camino, fiado de la palabra recibida, con la esperanza de llegar a ver la tierra anunciada. Sólo quien da este paso, quien se pone en marcha, quien sale de sí mismo, de “lo suyo”, llega a ver la tierra prometida. Dice bellísimamente *Lumen fidei*: “La fe ‘ve’ en la medida en que camina”. Es ésta una indicación preciosa para nuestra vida de fe y para todo aquello que amamos y que queremos conocer. Hace falta un movimiento de nuestra libertad, una disponibilidad a hacer un camino, para que pueda desvelarse el contenido de lo que hemos intuido o anhelado, de lo que nos ha sido prometido. “La fe ‘ve’ en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios”. Si quieres ver no puedes quedarte quieto, esperando a que se te muestre. Has de adentrarte, aunque sea con temor y temblor, en el “espacio abierto por la Palabra de Dios”. Esta es la aventura del seguimiento, que con Cristo llega a hacerse apasionante.

“Esta Palabra encierra además una promesa”. Llamada y promesa. La promesa no es sólo, ni ante todo, la tierra, sino principalmente una descendencia numerosa: “De ti haré una nación grande y te bendeciré” (Gn 12,2); “Haré tu descendencia como el polvo de la tierra: tal que si alguien puede contar el polvo de la tierra también podrá contar tu descendencia” (Gn 13,16). En este sentido, dice la encíclica, la fe, que es un “acto de memoria” porque es respuesta a una Palabra que la precede, es *memoria futuri*, porque es memoria de una promesa cuyo cumplimiento esperamos. La fe está así “estrechamente ligada con la esperanza”. Esta tensión entre pasado y futuro es esencial para comprender la historia de Israel y aún la historia de la civilización occidental, tan marcada por la tradición judeo-cristiana. Muchos estudiosos han subrayado la originalidad de la visión de la historia que nace del pensamiento bíblico respecto de las concepciones circulares, míticas y simbólicas de otras tradiciones y religiones de la antigüedad. La promesa hecha a Abrahán dispara la flecha de la historia, imprime un dinamismo en la historia humana hacia un cumplimiento futuro. Aquí está el origen de todos los mesianismos, de todas las utopías antiguas y modernas, de todas las filosofías del progreso. Lo que las diferencia es ante todo el contenido de la promesa: la sociedad sin clases, el paraíso en la tierra, la desaparición de las enfermedades y del sufrimiento, el reino de Dios o la vida eterna.

Pero continuemos nuestra lectura:

10. Lo que se pide a Abrahán es que se fíe de esta Palabra. La fe entiende que la palabra, aparentemente efímera y pasajera, cuando es pronunciada por el Dios fiel, se convierte en lo más seguro e inquebrantable que pueda haber, en lo que hace posible que nuestro camino tenga continuidad en el tiempo. La fe acoge esta Palabra como roca firme, para construir sobre ella con sólido fundamento. Por eso, la Biblia, para hablar de la fe, usa la palabra hebrea *'emûnah*, derivada del verbo *'amán*, cuya raíz significa “soste-

ner". El término *'emûnah* puede significar tanto la fidelidad de Dios como la fe del hombre. El hombre fiel recibe su fuerza confiándose en las manos de Dios. Jugando con las dos acepciones de la palabra -presentes también en los correspondientes términos griego (*pistós*) y latino (*fidelis*)-, san Cirilo de Jerusalén ensalza la dignidad del cristiano, que recibe el mismo calificativo que Dios: ambos son llamados "fieles". San Agustín lo explica así: "El hombre es fiel creyendo a Dios, que promete; Dios es fiel dando lo que promete al hombre".

Subraya aquí la encíclica un doble aspecto de la fe: la fiabilidad y la fidelidad. La Palabra de Dios es fiable, digna de crédito, porque Dios es fiel e inmutable en sus designios. No se retracta de sus promesas. ¿Dónde encuentra el hombre de las dunas y los desiertos de arena una imagen de esta inmutabilidad, de esta fidelidad de Dios? En la roca. "El Señor es la roca perpetua". Cuando el beduino se levanta por las mañanas en medio del desierto, el paisaje muchas veces ha cambiado. Las dunas no son las mismas del día anterior. El viento de la noche ha remodelado el paisaje. Por eso necesita puntos de referencia: montañas, rocas o palmeras. La Palabra de Dios es, para Israel y también para nosotros, "como roca firme, para construir sobre ella con sólido fundamento". La fe del hombre -*'emûnah*- es sostenida por la fiabilidad de Dios, que es digno de fe (*pistós*), que es fiel (*fidelis*). Así, tanto Dios como el hombre pueden ser llamados "fieles". Lo sintetiza, como hemos leído, San Agustín: "El hombre es fiel creyendo a Dios, que promete; Dios es fiel dando lo que promete al hombre".

Leemos el nº 11 de *Lumen fidei*, pasaje en el que encontramos la primera imagen que vamos a comentar hoy:

11. Un último aspecto de la historia de Abrahán es importante para comprender su fe. La Palabra de Dios, aunque lleva consigo novedad y sorpresa, no es en absoluto ajena a la propia experiencia del patriarca. Abrahán reconoce en esa voz que se le dirige una llamada profunda, inscrita desde siempre en su corazón. Dios asocia su promesa a aquel "lugar" en el que la existencia del hombre se manifiesta desde siempre prometedora: la paternidad, la generación de una nueva vida: "Sara te va a dar un hijo; lo llamarás Isaac" (Gn 17,19). El Dios que pide a Abrahán que se fíe totalmente de él, se revela como la fuente de la que proviene toda vida. De esta forma, la fe se pone en relación con la paternidad de Dios, de la que procede la creación: el Dios que llama a Abrahán es el Dios creador, que "llama a la existencia lo que no existe" (Rm 4,17), que "nos eligió antes de la fundación del mundo... y nos ha destinado a ser sus hijos" (Ef 1,4-5). Para Abrahán, la fe en Dios ilumina las raíces más profundas de su ser, le permite reconocer la fuente de bondad que hay en el origen de todas las cosas, y confirmar que su vida no procede de la nada o la casualidad, sino de una llamada y un amor personal. El Dios misterioso que lo ha llamado no es un Dios extraño, sino aquel que es origen de todo y que todo lo sostiene. La gran prueba de la fe de Abrahán, el sacrificio de su hijo Isaac, nos permite ver hasta qué punto este amor originario es capaz de garantizar la vida incluso después de la muerte. La Palabra que ha sido capaz de suscitar un hijo con su cuerpo "medio muerto" y "en el seno estéril" de Sara (cf. Rm 4,19), será también capaz de garantizar la promesa de un futuro más allá de toda amenaza o peligro (cf. Hb 11,19; Rm 4,21).

Para ilustrar este párrafo vamos a acudir a Marc Chagall y a su obra *El sacrificio de Isaac*. Con esta imagen ante nuestros ojos recojamos un par de puntos de LF 11.



Marc Chagall, El sacrificio de Isaac, Museo Marc Chagall, Niza, ca. 1960-1966

La promesa de Dios para nuestra vida, afirma *Lumen fidei*, “lleva consigo novedad y sorpresa”, pues es siempre más de lo que nosotros podríamos esperar de nuestra imaginación o alcanzar con nuestras fuerzas. Pero “no es en absoluto ajena a la propia experiencia”. La fe, podríamos decir, corresponde -superándolos- a nuestros deseos más verdaderos, a nuestras secretas esperanzas. “Abrahán reconoce en esa voz que se le dirige una llamada profunda, inscrita desde siempre en su corazón”.

La promesa de una descendencia entronca con el deseo profundo de Abrahán de tener hijos, cosa que no era posible por la esterilidad de Sara, su mujer. “Dios asocia su promesa” -y esto es interesante- “a aquel ‘lugar’ en el que la existencia del hombre se manifiesta desde siempre prometedora: la paternidad, la generación de una nueva vida”, dice la encíclica. Y aquí encontramos dos aspectos interesantes.

El primero es que, a partir de esta promesa, Abrahán comprende que el Dios que le llama es “la fuente de la que proviene toda vida”; descubre la paternidad de Dios. Y de este modo llega también a la fe en Dios Creador. Este es un punto importante. Muchos estudiosos de la fe de Israel y de la Sagrada Escritura explican que la fe del pueblo judío en el Dios Creador del cielo y de la tierra es posterior a su manifestación en la historia. Dicho con otras palabras: lo primero es la experiencia del Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, la experiencia del Dios que interviene en la historia, liberando al pueblo de la esclavitud de Egipto. Sólo desde esta fe histórica Israel llega a comprender su poder creador. “No hay Dios como nuestro Dios”, “Él hizo el cielo y la tierra”, “nada escapa de su mano”, “en su mano están los cimientos del orbe”, como leemos en diversas partes de la Sagrada Escritura. El Dios que puede engendrar vida en el seno estéril de Sara es el que “llama a la existencia lo que no existe” (Rm 4,17), el que ha creado el mundo de la nada, como dirá posteriormente la teología. La creación procede de la paternidad de Dios: “Para Abrahán, la fe en Dios [...] le permite reconocer la fuente de bondad que hay en el origen de todas las cosas, y confirmar que su vida no procede de la nada o la casualidad, sino de una llamada y un amor personal”.

Pero hay una gran prueba para la fe de Abrahán: el sacrificio de Isaac, el hijo de la promesa.

LA GRAN PRUEBA DE LA FE

“La gran prueba de la fe de Abrahán, el sacrificio de su hijo Isaac, nos permite ver hasta qué punto este amor originario es capaz de garantizar la vida incluso después de la muerte”. Esta frase de *Lumen fidei* nos ofrece una preciosa clave de lectura de este pasaje tan difícil de asimilar por parte del creyente. ¿Cómo es posible que Dios pida el sacrificio de un hijo? ¿Cómo puede tolerar, más aún, ordenar, un sacrificio humano? Pero es que, además, toda la promesa de una descendencia depende de este hijo. Y ahora Dios le pide a Abrahán que lo sacrifique. ¿Es que Dios es cruel? ¿Es que juega con nosotros? ¿No hemos pensado alguna vez esto mismo de Dios?

El papa vincula este episodio a una “prueba” para la fe de Abrahán. La “gran prueba de la fe”, dice el texto. Por un lado podemos pensar que es una prueba de obediencia: ¿nos fiamos de Dios hasta el punto de confiarle, de entregarle, lo más valioso, lo más querido? La *Carta a los Hebreos* elogia la obediencia de la fe de Abrahán. Pero esta obediencia se apoya en la confianza que Abrahán había desarrollado en Dios. Por experiencia sabía que “este amor originario es capaz de garantizar la vida incluso después de la muerte”. Dice *Lumen fidei*: “La Palabra que ha sido capaz de suscitar un hijo con su cuerpo ‘medio muerto’ y ‘en el seno estéril’ de Sara, será también capaz de garantizar la promesa de un futuro más allá de toda amenaza o peligro”.

Llegados a este punto damos la palabra a **Marta Carmona**, a quien agradecemos su presencia esta tarde con nosotros para hablarnos de Marc Chagall y de dos de sus obras: *El sacrificio de Isaac* y *Moisés recibe las tablas de la Ley*. Comenzamos con un rápido repaso por la biografía del pintor ruso.



MARC CHAGALL (1887-1985)

Marc Chagall, “el poeta con alas de pintor” -según su amigo Apollinaire- nació en Vitebsk (Rusia) en 1887 y murió en 1985 en Francia, con 98 años de edad.

Primogénito de ocho hermanos, pertenecía a una familia humilde de origen judío que regentaba una tienda de ultramarinos. Gracias al tesón de su madre se educó en la escuela rusa de Vitebsk, en la que los judíos tenían habitualmente restringido el acceso. También asistió a una escuela de dibujo, dirigida por judíos de la corriente más aperturista.

Estuvo casado dos veces: con Bella Rosenfeld, de la que enviudó y con la que tuvo una hija, Ida; y con Valentina (Vava) Brodsky.

En 1922 se exilió en Francia donde, junto a Picasso y Miró, será uno de los pocos pintores que denuncie los peligros de las amenazas serias y reales que se cernían sobre el mundo occidental. En su larga vida, que abarcó casi un siglo, conoce dos Guerras Mundiales, la Revolución de Octubre en 1917, países y culturas diferentes, éxodos continuos.

Pinta los desastres de la guerra, el infortunio del pueblo judío -de hecho, acusa intensamente los problemas de la comunidad judía en la Europa de comienzos del siglo XX-, vive los problemas por los que atraviesa Rusia, su país natal, con la Primera Guerra Mundial y la Revolución de Octubre, pero no por ello pierde la esperanza que siempre ha tenido en el hombre, y su amor por la vida. De hecho, fue el pintor que revalorizó para el hombre de su tiempo la esperanza, concepto excesivamente olvidado.

Su obra es una oda a sus raíces, a la tierra que le vio nacer en Vitebsk, aunque su deseo de ser independiente marcó su obra desde el principio. No se ajustó nunca a regla alguna, y tampoco fue un artista trastornado ni abrumado por la aflicción de su época. Supo inventar un lenguaje propio, toda una ebullición de ideas, transmitiendo una visión distinta y haciendo su aportación personal a la verdad. Jamás se negó a sí mismo, y trabajó buscando la inspiración, consciente y fatigosamente, en su propia autobiografía. No se apuntó a ninguna de las tendencias de la épo-

ca en que vivió: fauvismo, cubismo, expresionismo, neoprimitivismo, y creó siempre su propio lenguaje, desligado de la tradición académica. Todo un arte “sobrenatural”, como lo calificó su amigo Apollinaire, que evitó que cayera en la trampa de sus otros amigos, los surrealistas, para quienes el lugar privilegiado correspondía al inconsciente.

Estuvo en la “lista negra” de autores prohibidos en su propio país. Aun así, jamás borra de su memoria la imagen de su patria, siendo Rusia uno de los más potentes catalizadores de su obra.

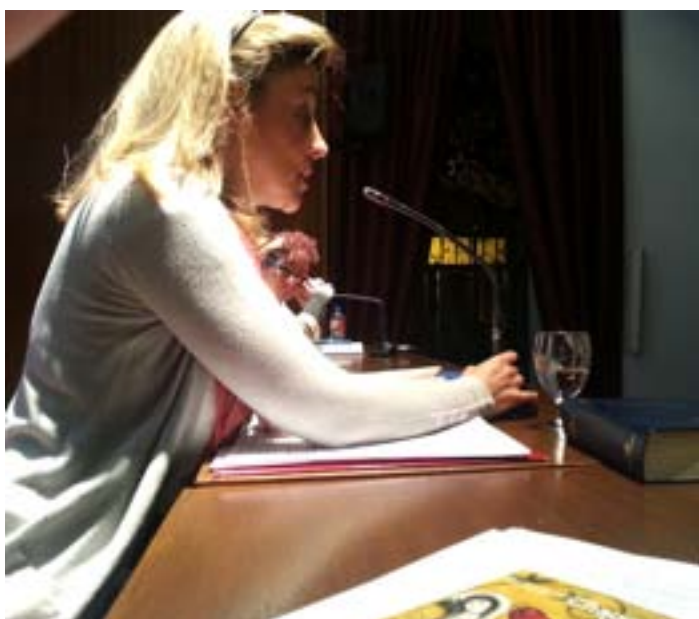
Fue un maestro absoluto del color, inventando toda una serie de matices y tonos de vibrantes intensidades. Tenemos el azul intenso de Chagall, cargado de sabios efectos celestes, turquesas, lavandas, acompañados del verde veronés o el color esmeralda. El rojo intenso, cercano al púrpura, que da vida a un animal impensable, el gallo o asno, surgidos de un bestiario fabuloso. El amarillo vivo que habla del sol, colores que escoltan a parejas de enamorados, al rabino o violinista, alejan o acercan imágenes insólitas. Mezclas sutiles, fascinantes, una puesta en escena de plenos colores tornasolados. Un auténtico caleidoscopio de múltiples colores a partir de la fusión entre Oriente-Occidente, un vocabulario personal basado en una semántica poética que se deriva de los colores, aromas y cantos rituales de su país. La pureza del icono ruso le cautivó por su riqueza cromática, su sencillez y expresividad. En él encuentra conciliados el ascetismo y el cromatismo.

Chagall siempre rechazó la dictadura del blanco-negro para traducir las desgracias de su época, dando testimonio de su fidelidad al color como medio de esperanza.

La luz, otra de las características de su obra, también expresa su mundo poético y bíblico: desde la densidad sorda y contenida de su Rusia natal a la luminosidad irreal de París, terminando en el edén provenzal de Saint Paul. Y, sublimando su nostalgia, le hacía volver continuamente a sus raíces judías y bielorrusas, un nexo indestructible.

Sin ser cristiano, Chagall se inspiraba en la tradición rusa de Dostoievski, para quien Cristo es “la única belleza que salva al mundo turbulento y sin sentido aparente”. Para él, el artista es el Mesías. Todo lo que sucede en el mundo tiene relación con él: de todo puede hablar en su arte, de la verdad y del cumplimiento de las profecías.

[A continuación Marta Carmona realiza un rápido recorrido por algunas de las obras de Chagall].



EL SACRIFICIO DE ISAAC, Marc Chagall
Óleo sobre lienzo, 1960-1966 (230 cm x 235 cms.)
Museo Marc Chagall, Niza (Francia)



Comentario de Marta Carmona al cuadro de Chagall.

Leemos el pasaje:

“Después de estas cosas sucedió que Dios tentó a Abrahán y le dijo: «¡Abrahán, Abrahán!» El respondió: «Heme aquí». Díjole: «Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga». Levantóse, pues, Abrahán de madrugada, aparejó su asno y tomó consigo a dos mozos y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios. Al tercer día levantó Abrahán los ojos y vio el lugar desde lejos.

Entonces dijo Abrahán a sus mozos: «Quedaos aquí con el asno. Yo y el muchacho iremos hasta allí, haremos adoración y volveremos donde vosotros». Tomó Abrahán la leña del holocausto, la cargó sobre su hijo Isaac, tomó en su mano el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos juntos. Dijo Isaac a su padre Abrahán: «¡Padre!» Respondió: «¿qué hay, hijo?» – «Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?» Dijo Abrahán: «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío». Y siguieron andando los dos juntos.

Llegados al lugar que le había dicho Dios, construyó allí Abrahán el altar, y dispuso la leña; luego ató a Isaac, su hijo, y le puso sobre el ara, encima de la leña. Alargó Abrahán la mano y tomó el cuchillo para inmolar a su hijo. Entonces le llamó el Ángel de Yahveh desde los cielos diciendo: ¡ Abrahán, Abrahán!» Él dijo: «Heme aquí». Dijo el Ángel: «No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único». Levantó Abrahán los ojos, miró y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Fue Abrahán, tomó el carnero, y lo sacrificó en holocausto en lugar de su hijo. Abrahán llamó a aquel lugar «Yahveh provee», de donde se dice hoy en día: «En el monte “Yahveh provee”».

El Ángel de Yahveh llamó a Abrahán por segunda vez desde los cielos, y dijo: «Por mí mismo juro, oráculo de Yahveh, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz».

Volvió Abrahán al lado de sus mozos, y emprendieron la marcha juntos hacia Berseba. Y Abrahán se quedó en Berseba” (Génesis 22,1-19).

Tras la primavera de 1931, Chagall acepta la invitación del alcalde de Tel-Aviv para visitar Palestina con el fin de investigar para el encargo de Vollard sobre la ilustración de la Biblia. Aprovecha y conoce Egipto, Jordania y Líbano. Y se queda impresionado por la luz de Palestina. A partir de 1955 acomete las grandes obras en torno al mensaje bíblico: los vitrales de la catedral de Metz, la sinagoga de la Clínica Universitaria de Jerusalén, el techo de la Ópera de París.

En *El sacrificio de Isaac* (1960-1966), Chagall recrea e interpreta estéticamente el momento en que el ángel detiene la mano de Abrahán, a punto de ofrecer a su hijo Isaac en holocausto al Señor. Dios ya ha comprobado la fidelidad del anciano padre hacia Él y sustituye a Isaac por un cordero (en la parte izquierda del cuadro, bajo el árbol), el animal sacrificial por excelencia.

Esta obra, de gran formato, presenta una composición amplia y estructurada, que se basa en la oposición entre colores. Una diagonal recorre el lienzo, resaltando dos mundos opuestos.

Haciendo una clara separación entre el dibujo y el color, representa dos mitades que son una reflexión sobre la historia de las relaciones del hombre con Dios. El pintor “sobrenatural” convierte en acontecimiento la obra, va más allá del asunto pintado, tanto en la composición como en la forma y el color.

Chagall rebusca en su autobiografía y mezcla la energía vital, la desconfianza, la melancolía o la decepción con el dolor: el dolor inmenso del pueblo judío, expulsado, masacrado, pues en ningún momento él dejó de sentirse judío.

En la mitad superior, en lo alto de la escena, el ángel -una manifestación del Verbo Divino-, envuelto en azul intenso. El cielo parece oscurecerse ante un Cristo sufriente, que reúne y agrupa una vez más a las víctimas de las tragedias, a los descendientes de Abraham, a su pueblo judío. Una madre huye ante el horror de la tragedia y abraza a su hijo, mientras otra figura se inclina ante Cristo que carga con la Cruz.

Abraham, plenamente confiado en Dios, está envuelto en el color rojo de la llama del holocausto. El cuerpo de Isaac, abandonado en la misma postura que tiene Adán en la creación del hombre, evidencia la sumisión del hombre a Dios.

Es una puesta en escena rebosante de fuerza, de colores tornasolados, de mezclas sutiles que se expanden, logrando unir los cielos y la tierra, lo sagrado y la poesía, la humanidad y Dios, que pone de manifiesto cómo en las grandes secuencias de la epopeya bíblica está reflejada nuestra propia historia.

* * *

Hasta aquí el comentario de Marta al cuadro de Chagall. Desde el punto de vista de la tradición cristiana hemos de añadir un dato muy importante. Yahveh puso a prueba a Abrahán pidiéndole que le sacrificara a su hijo Isaac, precisamente el hijo del que dependía el cumplimiento de la promesa; pero el ángel de Dios detuvo a tiempo la mano del padre obediente. En su lugar fue sacrificado un carnero. Esta escena ha sido leída en la tradición cristiana como anticipación del sacrificio de Cristo, “el Cordero sin defecto ni mancha”, “que quita los pecados del mundo”. Mientras que Abrahán conservó en vida a su hijo Isaac, como fruto de su obediencia, Dios Padre no dudó en entregar a su Hijo único para redimir al género humano. Jesús se ofreció voluntariamente en sacrificio para restaurar la obediencia perdida con Adán y Eva. Así, la imagen de Cristo con la cruz, en lo alto del cuadro de Chagall, es profecía cumplida del sacrificio de Cristo, verdadero Isaac ofrecido por los pecados de su pueblo.

Seguimos ahora leyendo y comentando el texto de *Lumen fidei*:

12. En el libro del Éxodo, la historia del pueblo de Israel sigue la estela de la fe de Abrahán. La fe nace de nuevo de un don originario: Israel se abre a la intervención de Dios, que quiere librarlo de su miseria. La fe es la llamada a un largo camino para adorar al Señor en el Sinaí y heredar la tierra prometida. El amor divino se describe con los rasgos de un padre que lleva de la mano a su hijo por el camino (cf. Dt 1,31). La confesión de fe de Israel se formula como narración de los beneficios de Dios, de su intervención para liberar y guiar al pueblo (cf. Dt 26,5-11), narración que el pueblo transmite de generación en generación. Para Israel, la luz de Dios brilla a través de la memoria de las obras realizadas por el Señor, conmemoradas y confesadas en el culto, transmitidas de padres a hijos. Aprendemos así que la luz de la fe está vinculada al relato concreto de la vida, al recuerdo agradecido de los beneficios de Dios y al cumplimiento progresivo de sus promesas. La arquitectura gótica lo ha expresado muy bien: en las grandes catedrales, la luz llega del cielo a través de las vidrieras en las que está representada la historia sagrada. La luz de Dios nos llega a través de la narración de su revelación y, de este modo, puede

iluminar nuestro camino en el tiempo, recordando los beneficios divinos, mostrando cómo se cumplen sus promesas.

Leyendo este nº 12 me venían a la mente dos sugerencias artísticas. La primera, el cuadro *Primeros pasos* de Vincent van Gogh, datado en 1890 y conservado en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York. El lienzo fue pintado por van Gogh al saber que su cuñada, Johanna Berger, mujer de su hermano Theo, esperaba un niño que recibiría su nombre. El artista se inspiró en una estampa de Millet.



“El amor divino se describe con los rasgos de un padre que lleva de la mano a su hijo por el camino”, leemos en *Lumen fidei*. ¡En cuántos pasajes del Antiguo Testamento Yahveh habla de su amor por Israel, llamándolo su hijo!

“Así dice el Señor: ”Cuando Israel era joven, lo amé, desde Egipto llamé a mi hijo. Yo enseñé a andar a Efraín, lo alzaba en brazos; y él comprendía que yo lo curaba. Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el que levanta el yugo de la cerviz, me inclinaba y le daba de comer. Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín; que soy Dios, y no hombre; santo en medio de ti, y no enemigo a la puerta” (Os 11,1).

La segunda sugerencia la hallamos en estas palabras: “en las grandes catedrales, la luz llega del cielo a través de las vidrieras en las que está representada la historia sagrada”. ¿Cómo no pensar, por ejemplo, en los grandes vitrales de la Catedral de Chartres, los más antiguos de ellos del siglo XII? A través de estas impresionantes vidrieras “la luz de Dios nos llega a través de la narración de su revelación y, de este modo, puede iluminar nuestro camino en el tiempo”.



Pero Israel -y también nosotros- es un pueblo de dura cerviz:

13. Por otro lado, la historia de Israel también nos permite ver cómo el pueblo ha caído tantas veces en la tentación de la incredulidad. Aquí, lo contrario de la fe se manifiesta como idolatría. Mientras Moisés habla con Dios en el Sinaí, el pueblo no soporta el misterio del rostro oculto de Dios, no aguanta el tiempo de espera. La fe, por su propia naturaleza, requiere renunciar a la posesión inmediata que parece ofrecer la visión, es una invitación a abrirse a la fuente de la luz, respetando el misterio propio de un Rostro, que quiere revelarse personalmente y en el momento oportuno. Martin Buber citaba esta definición de idolatría del rabino de Kock: se da idolatría cuando “un rostro se dirige reverentemente a un rostro que no es un rostro”. En lugar de tener fe en Dios, se prefiere adorar al ídolo, cuyo rostro se puede mirar, cuyo origen es conocido, porque lo hemos hecho nosotros. Ante el ídolo, no hay riesgo de una llamada que haga salir de las propias seguridades, porque los ídolos “tienen boca y no hablan” (Sal 115,5). Vemos entonces que el ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad, adorando la obra de las

propias manos. Perdida la orientación fundamental que da unidad a su existencia, el hombre se disgrega en la multiplicidad de sus deseos; negándose a esperar el tiempo de la promesa, se desintegra en los múltiples instantes de su historia. Por eso, la idolatría es siempre politeísta, ir sin meta alguna de un señor a otro. La idolatría no presenta un camino, sino una multitud de senderos, que no llevan a ninguna parte, y forman más bien un laberinto. Quien no quiere fiarse de Dios se ve obligado a escuchar las voces de tantos ídolos que le gritan: "Fíate de mí". La fe, en cuanto asociada a la conversión, es lo opuesto a la idolatría; es separación de los ídolos para volver al Dios vivo, mediante un encuentro personal. Creer significa confiarse a un amor misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra historia. La fe consiste en la disponibilidad para dejarse transformar una y otra vez por la llamada de Dios. He aquí la paradoja: en el continuo volverse al Señor, el hombre encuentra un camino seguro, que lo libera de la dispersión a que le someten los ídolos.

Destaco únicamente una de las afirmaciones del texto: lo contrario de la fe no es el ateísmo, sino la idolatría. La incredulidad, la resistencia al Dios verdadero, lleva a la tentación de la idolatría: "el pueblo no soporta el misterio del rostro oculto de Dios, no aguanta el tiempo de la espera" y se fabrica ídolos, obra de sus manos, cuyo "rostro" -en realidad una máscara, una burda mueca- está al alcance de nuestra mirada superficial, cuyo origen nos es conocido. Por el contrario, la fe nos invita a respetar "el misterio propio de un Rostro que quiere revelarse personalmente y en el momento oportuno". Ante el ídolo nos sentimos seguros, porque no corremos el riesgo de que nos hable, de que nos pida algo, de que nos haga salir de nosotros mismos, de nuestras seguridades. "El ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad". No se podría decir mejor.

La conversión es el camino desde la idolatría hasta la fe en el Dios verdadero, desde la dispersión de los ídolos hasta el encuentro personal con el Amor. La vida no tiene por qué ser un laberinto, puede ser un camino seguro, volviéndose una y otra vez al Señor, siguiendo con disponibilidad la llamada de Dios.

Leemos el último número de hoy, en el que aparece la figura de Moisés:

14. En la fe de Israel destaca también la figura de Moisés, el mediador. El pueblo no puede ver el rostro de Dios; es Moisés quien habla con YHWH en la montaña y transmite a todos la voluntad del Señor. Con esta presencia del mediador, Israel ha aprendido a caminar unido. El acto de fe individual se inserta en una comunidad, en el "nosotros" común del pueblo que, en la fe, es como un solo hombre, "mi hijo primogénito", como llama Dios a Israel (Ex 4,22). La mediación no representa aquí un obstáculo, sino una apertura: en el encuentro con los demás, la mirada se extiende a una verdad más grande que nosotros mismos. J. J. Rousseau lamentaba no poder ver a Dios personalmente: "¡Cuántos hombres entre Dios y yo!". "¿Es tan simple y natural que Dios se haya dirigido a Moisés para hablar a Jean Jacques Rousseau?". Desde una concepción individualista y limitada del conocimiento, no se puede entender el sentido de la mediación, esa capacidad de participar en la visión del otro, ese saber compartido, que es el saber propio del amor. La fe es un don gratuito de Dios que exige la humildad y el valor de fiarse y confiarse, para poder ver el camino luminoso del encuentro entre Dios y los hombres, la historia de la salvación.

La objeción de Rousseau es muy actual: Dios sí, Iglesia no. Jesús sí, curas no. Moisés es el mediador, el que conversa con Dios cara a cara, cuyo rostro resplandece y ha de ser cubierto con un velo al bajar de la montaña sagrada llevando en sus manos las Tablas de la Ley. Pero nosotros no queremos mediadores, no queremos depender del testimonio de otros.

Y, sin embargo, como afirma el papa, “la mediación no representa aquí un obstáculo, sino una apertura”. ¿Cómo es posible? Porque “en el encuentro con los demás la mirada se extiende a una verdad más grande que nosotros mismos”. ¿Acaso no ha sido así en nuestra propia vida, con nuestros padres, con nuestros maestros o amigos? “La mediación”, dice *Lumen fidei*, es “esa capacidad de participar en la visión del otro, ese saber compartido, que es el saber propio del amor”. ¿Qué otra cosa es y está llamada a ser la cultura, la civilización, la sociedad, sino este saber compartido, este saber propio del amor? ¿Y qué otra cosa es la Iglesia, la comunión de los santos?

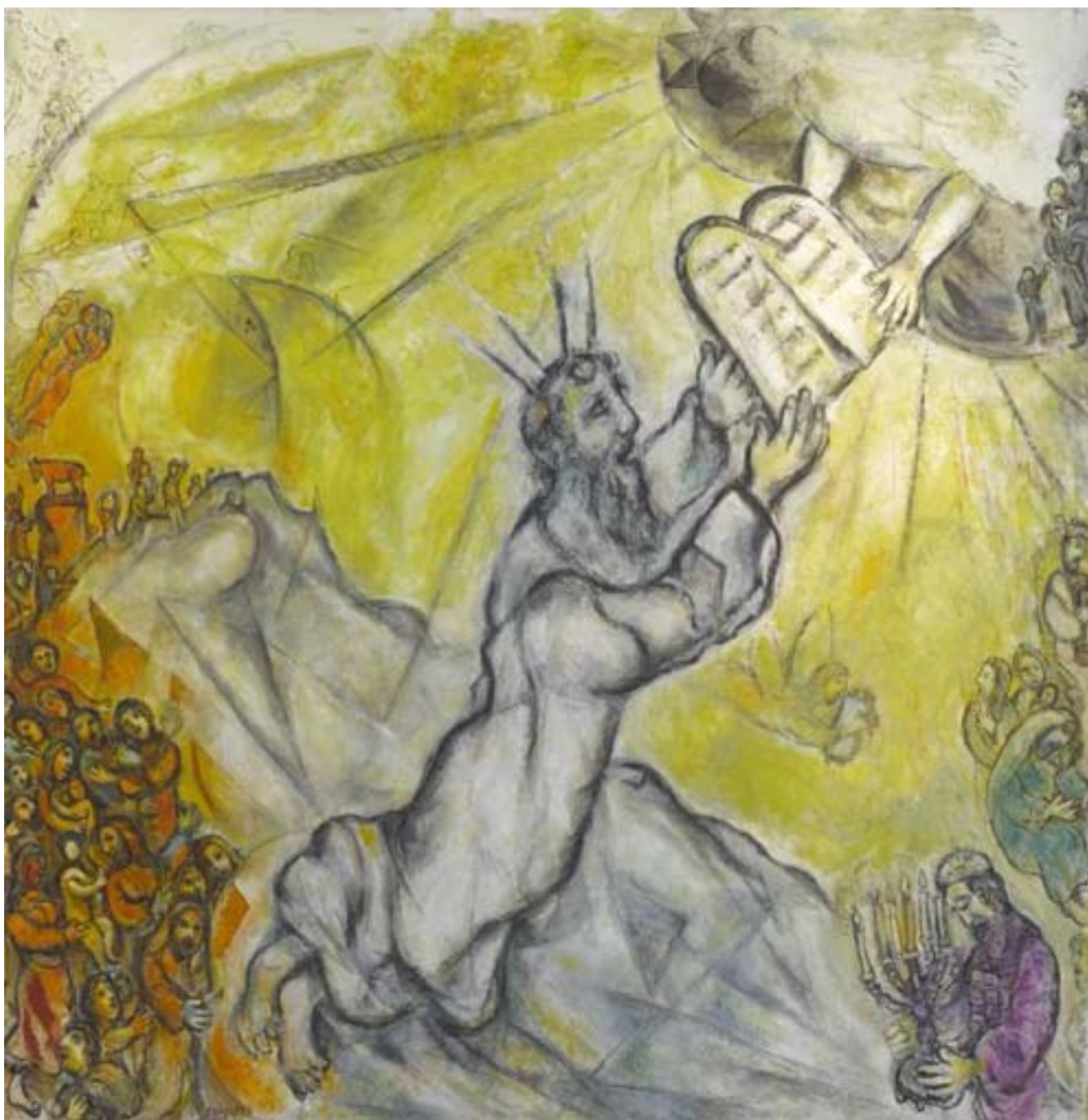
Pero vayamos a la última de las imágenes de esta sesión. **Marta Carmona** nos presenta el cuadro *Moisés recibe las tablas de la Ley*, de Marc Chagall.

Leemos en primer lugar dos pasajes del libro del *Éxodo* que nos ayudan a entender la escena:

“Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompeta; y todo el pueblo que estaba en el campamento se echó a temblar. Entonces Moisés hizo salir al pueblo del campamento para ir al encuentro de Dios, y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque Yahveh había descendido sobre él en el fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia. El sonar de la trompeta se hacía cada vez más fuerte; Moisés hablaba y Dios le respondía con el trueno. Yahveh bajó al monte Sinaí, a la cumbre del monte; llamó Yahveh a Moisés a la cima de la montaña y Moisés subió. Dijo Yahveh a Moisés: «Baja y conjura al pueblo que no traspase las lindes para ver a Yahveh, porque morirían muchos de ellos; aun los sacerdotes que se acercan a Yahveh deben santificarse para que Yahveh no irrumpa contra ellos». Moisés respondió a Yahveh: «El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos lo has prohibido, diciendo: Señala un límite alrededor del monte y decláralo sagrado». Yahveh le dijo: «Anda, baja, y luego subes tú y Aarón contigo; pero los sacerdotes y el pueblo no traspasarán las lindes para subir hacia Yahveh a fin de que no irrumpa contra ellos». Bajó, pues, Moisés adonde estaba el pueblo y les dijo...” (Éxodo 19,16-25).

“Entonces pronunció Dios todas estas palabras diciendo: «Yo, Yahveh, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí. No te harás escultura ni imagen alguna ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque yo Yahveh, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y tengo misericordia por millares con los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxodo 20,1-6).

MOISÉS RECIBE LAS TABLAS DE LA LEY, Marc Chagall
Óleo sobre lienzo, 1960-1966 (237 cm x 233 cms.)
Museo Marc Chagall, Niza (Fancia)



Esta obra trata otro de los grandes temas bíblicos presentes en las obras de Chagall a partir de 1955: la Alianza de Dios con el pueblo de Israel, a través de Moisés, en el Monte Sinaí.

El pintor divide la composición en dos diagonales cruzadas, con una clara influencia barroca. En primer plano Moisés, formando la primera diagonal ascendente, como mediador sella esa unión con Dios y recoge las Tablas de la Ley. Abajo a la izquierda, el pueblo. En el Antiguo Testamento aún hay una distancia abismal que separa a Dios del hombre, porque el ritual del encuentro sigue siendo inalcanzable y su espacio es impenetrable. El pueblo que “mantenía la distancia” (cfr. Ex 20,21) pide a Moisés que sea el intermediario, y es la oración del intercesor la que sirve a la

misericordia divina. Así, cuando el Señor acabó de hablar, dio a Moisés en el Monte Sinaí las dos tablas de piedra escritas por el mismo dedo de Dios (cfr. Ex 31,18); el texto bíblico describe más adelante a Moisés bajando del Monte Sinaí con las Tablas en las manos.

En los textos del Antiguo Testamento Moisés es descrito “con el rostro emitiendo rayos de luz” (Ex 34,34), tal como aparece en la obra de Chagall. Debido a un error en la traducción de la Biblia del hebreo al latín san Jerónimo menciona la palabra “karan” que significa cuernos, y con ellos le representa frecuentemente la iconografía cristiana, como en el caso del Moisés de Miguel Ángel en San Pietro in Vincoli, en Roma.

Obedeciendo a la prohibición de representar a Dios, Chagall muestra la grandeza del Señor pintando tan solo dos manos que tienden las Tablas de la Ley a Moisés desde las nubes. Estas manos recuerdan a las manos del Padre que envían a su Hijo hacia la Virgen María en la Anunciación del Beato Angélico.



Como nos dice san Pablo en su Carta a los Romanos “fides ex auditu”. En Exodo 19,9 leemos: “Dijo Yahveh a Moisés: «Mira: Voy a presentarme a ti en una densa nube para que el pueblo me oiga hablar contigo, y así te dé crédito para siempre». Y Moisés refirió a Yahveh las palabras del pueblo”. Los israelitas no ven a Dios, pero oyen cómo habla con Moisés y creen lo que el mediador les dice.

La segunda diagonal representa el Monte Sinaí: en la parte inferior aparecen personajes bíblicos, como el sumo sacerdote Aarón, el rey David y Jeremías, o unos judíos que huyen, representando el sufrimiento de su pueblo. Abajo a la izquierda parte del pueblo hebreo le espera, y otro grupo apartado adora al becerro de oro, símbolo de la idolatría. Un poco más arriba, una pareja entrelazada recuerda la propia vida de Chagall y sus fuertes lazos con la tradición judía.

La oración de Moisés pone de relieve que la oración del intercesor sirve a la misericordia divina y es escuela de generosidad, hasta el don de sí mismo. A los pies del Sinaí, los israelitas habían hecho un ídolo en forma de becerro de metal fundido. Al verlo, Moisés intercede por amor a su pueblo y también por amor a Dios, y ofrece su propia vida a cambio del perdón para los suyos.